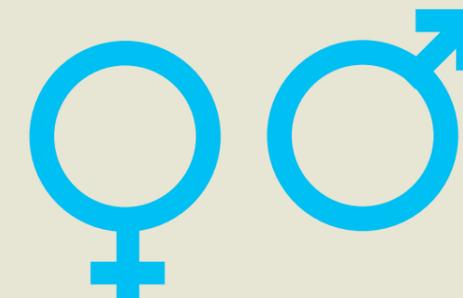




AJUNTAMENT DE VALENCIA
 ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
 REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
 SECCIÓ DE LA DONA

V CERTAMEN DE NARRATIVA BREVE

“Por igual, compartimos la vida,
 compartamos las tareas”
 2006



AJUNTAMENT DE VALENCIA
 ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
 REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ
 SECCIÓ DE LA DONA



www.valencia.es/bienestarsocial
 bienestarsocial

PLA miq Pla Municipal per a la
 Igualtat d'Oportunitats
 entre Dones i Hòmens

Plaza América, 6 - 6º piso 46004 VALENCIA
 T: 96 352 54 78 - Ext. 2627/2637
 E: pmujer@valencia.es

cmio Centro Municipal de Información y
 Orientación a la Mujer

Polo de Bernabé s/n - 46010 VALENCIA
 T: 96 352 54 78 - Ext. 4421 - 96 398 18 21
 E: cmio@valencia.es

cmio Centro Municipal de Información y
 Orientación a la Mujer



OBRES SOCIALS

PRESENTACIÓN

Marta Torrado de Castro
Tinent d'Alcalde
Àrea de Progrés Humà
Regidoria de Benestar Social i Integració

V CERTAMEN DE NARRATIVA BREVE “Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

La publicación que presentamos es el resultado de la quinta edición del Certamen de Narrativa Breve, que cada año convocamos desde el Plan Municipal para la Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres, de la Sección de la Mujer, de la Concejalía de Bienestar Social e Integración del Ayuntamiento de Valencia.

En esta convocatoria hemos querido abordar la temática de la conciliación personal, familiar y laboral con el lema, “Por igual compartimos la vida, compartamos las tareas,” con la finalidad de visibilizar y sensibilizar a la ciudadanía, acerca de la necesidad de avanzar en la promoción del reparto equitativo entre mujeres y hombres, de las responsabilidades domésticas, familiares, el cuidado de menores y mayores. Con ello se pretende promover y desarrollar, una nueva cultura de organización del trabajo y de la familia, que permita equilibrar la actividad profesional y familiar entre mujeres y hombres.

Y es que a pesar de que hay una tendencia progresiva hacia una distribución más equitativa de las tareas del hogar y el cuidado de la familia, la realidad es que todavía son principalmente las mujeres, las que se enfrentan a dichas tareas. Así, son éstas las que en mayor medida se ven obligadas a realizar la doble jornada laboral lo que repercute negativamente en muchos aspectos vitales de las mujeres: promoción laboral, dedicación al ocio, a la formación, salud, etc.

Es necesario plantear por tanto, una visión universal del derecho de todas y todos a poder conciliar vida y trabajo, porque es un principio de igualdad, de salud y de cohesión social. Los ámbitos de trabajo, vida personal y familiar no son mundos separados: son elementos esenciales para garantizar la reproducción, el mantenimiento y la creación de una organización social más justa.

Concretamente, desde el Plan Municipal para la Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres se contemplan medidas para fomentar la corresponsabilidad familiar y laboral de hombres y mujeres, reforzar el cambio de actitudes respecto a la organización del trabajo y la vida social, así como promover políticas públicas dirigidas a fomentar servicios de apoyo familiar.

Para esta publicación se han seleccionado, además de los tres premios, los doce mejores relatos presentados. Todos ellos reflejan experiencias de mujeres y hombres ante el reto de la conciliación con enfoques diversos (el enfoque de las tres **Des**):

La **Des**igualdad social de las personas para poder conciliar.

La **Des**diversidad cultural de las diferentes étnias y religiones.

La **Des**diferencia que hay entre las personas que está marcada por el sexo y por el género así como otros factores como la edad, la discapacidad, etc.

Esperamos que la publicación de estos relatos sirva de homenaje a todas las mujeres y todos los hombres que día a día son un ejemplo en la difícil tarea de la conciliación.

Título:	CADA DÍA JUNTO AL MAR
Pseudónimo:	LUNA
Autora:	INMACULADA CAMPOS LLEÓ

PRIMER PREMIO

Acabó de ducharse. Por la escalera subía el inconfundible olor a tostadas y a café de cada mañana. Abrió las ventanas. Ya estaba bien entrada la primavera y el mar era de un azul intenso sobre el que se podía ver el reflejo del sol marcando un camino brillante desde el cabo hasta la playa. Cada vez que veía esta imagen se daba cuenta de que había sido acertada la decisión de venirse a vivir junto al mar, a casa de los abuelos maternos, en detrimento de que alguno de ellos tuviera que hacer carretera para ir a trabajar, pero seguros de que su hija crecería feliz en un lugar como este. Desayunaron y se despidieron en la puerta con un beso.

Puso en marcha una lavadora y se encaminó al cuarto de su hija mientras abajo oía el ruido de la puerta y el del motor del coche que se alejaba. Entró en la habitación y miró como dormía profundamente. La quería como a su propia vida y sentía que cada rato que pasaba con ella era un regalo efímero, como una huella que sobre la arena se lleva el agua para dejar paso a otras huellas más profundas. Abrió las ventanas de su cuarto para dejar que el olor del mar inundara la estancia y la levantó como cada mañana, ¡arriba, perezosa, hay que ir al cole!. Le puso la ropa que la noche anterior le habían dejado preparada, le lavó la cara y la peinó.

Bajaron a la cocina y le puso el desayuno como cada día, un tazón de leche en el que navegaba toda una flota de barquitos de cereales. Últimamente siempre quería comer ella sola y, poco a poco, conseguía que cada vez fueran más los cereales que entraban en la boca que los que se veían abocados a resbalar por el pechito. Mientras miraba como peleaba ella sola con la cuchara pensó en lo rápido que crecía. Recordaba cada momento que había sido crucial en sus poquitos años de vida, y no pudo evitar esbozar una sonrisa: cuando empezó con las papillas, cuando tiró el chupete, cuando empezó a chapurrear palabras con lengua de trapo... y sentía que cada uno de esos momentos estaban grabados en su memoria para siempre. Y se preguntaba cómo la vida te podía dar un regalo tan hermoso, ponerlo entre tus manos y dejarte moldearlo, confiando siempre en que le devolverás ese regalo multiplicado por más vida.

Cuando acabó de desayunar le quitó el pechito, le limpió la cara y las manos y le puso la chaqueta. Cogieron la mochila en la que había alguna muda, un pechito y unos cuantos juguetes, la metió en su silla del coche y se encaminaron al cole. Allí la dejó, abrazada a la maestra y se fue a trabajar. El día transcurrió como cualquier otro día, entre papeles, ordenadores y alguna que otra salida a hacer gestiones habituales de su trabajo. Vivían en un pueblo de pescadores en el que, a pesar de la llegada del turismo y el boom de las construcciones, aún se podía respirar tranquilidad casi todo el año. Y cada vez que salía de la oficina a hacer algún papeleo no podía evitar detenerse un momento y mirar al mar, ese mar de vida por el que le habían dado el nombre a su hija. Se daba cuenta de que, conforme había ido creciendo, el tiempo en la oficina se le pasaba volando porque cada día deseaba más estar con ella. Y el azul llenaba las horas que pasaba sin verla.

Consultó su reloj. Ya eran casi las 5 de la tarde, hora de ir a recogerla. Ultimó algunas cosas, apagó el ordenador y se despidió de los compañeros. Cuando llegó al cole ella estaba sentada en el suelo, cargando los bolsillos de la chaqueta con piedrecitas del jardín. Cuando le llamó, Marina le obsequió con una inmensa sonrisa.

-Mira- le dijo – tengo piedras...

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Se fueron hacia casa y, después de lavarla, le dio la merienda. Sacó la ropa de la lavadora y se puso a tender. Ella siempre le acompañaba y quería ayudarlo. Se sentaba en un tronco con la cesta de las pinzas en sus rodillas y se las daba de una en una, mientras, de tanto en tanto, se metía una en su bolsillo. Cuando acabaron guardaron el cesto de la ropa y salieron a la terraza. Llegaba entonces el momento que más le gustaba, cuando se sentaban en las escaleras de la terraza con todo el mar ante sus ojos, a un lado el Peñón de Ifach, al otro el Cabo de Moraira, y repasaban todo lo que veían: los barcos que volvían de pesca, las gaviotas, las olas del mar que ella decía que jugaban a “pillar” con la arena, los bichitos de bola que se enroscaban cuando les acercaba un dedo y hasta las hormigas que iban en fila por el suelo porque –como ella decía – ya era la hora del baño y la cena. Y mientras, contaban los minutos que quedaban para ver a la persona que más querían.

La cogió entre sus brazos estrujando su cuerpo minúsculo y la llenó de besos. Tenía una piel tan suave... Le encantaba este rato que pasaba con ella. De pronto sintieron un ruido a sus espaldas. Marina se incorporó y su expresión se llenó de alegría al ver que su madre ya había vuelto de trabajar y que, apoyada en el quicio de la puerta, observaba como ella y su padre llenaban el tiempo esperando a que ella regresara. En su rostro se veía la huella del cansancio, pero la sonrisa de su hija le devolvía siempre las fuerzas. Se sentó junto a ellos y Marina se le enroscó en los brazos mientras, mano a mano, entre Sergi y ella intentaban explicarle como había ido el día. La tarde era agradable, y aún faltaba un rato para el baño y la cena, así que se quedaron los tres un rato en la escalera, abrazados, llenando sus ojos de mar y sintiendo como la luz del sol resbalaba lentamente hacia el crepúsculo, preludio de la noche a la que se rendiría un nuevo día.

Títol:	FUMATA BLANCA
Pseudónimo:	TONO TONER
Autor:	VICENTE VIDAGANY TORRIJO

SEGUNDO PREMIO

Manel i Maria eren una parella que es van conèixer molt jòvens, quasi uns xiquets. Ell la veia passar per casa quan Maria anava a fer les comandes de sa mare, i es quedava mirant-la descaradament. Ella, quan s'adonava que la mirava, es posava roja, abaixava els ulls i no els alçava fins que havien passat almenys vint metres d'on ell era. Malgrat això, Maria passava totes les vesprades per davant la casa de Manel, no es desviava per cap altre carrer, com hauria pogut fer.

Passat un temps es van fer nuvis. Van ser uns nuvis molt feliços, plens d'il·lusions i projectes per a un futur en comú, que esperaven algun dia poder dur a terme. Es van casar jòvens, molt jòvens, quasi sense adonarse que la vida en comú té moltes satisfaccions, però també comporta moltes renúncies.

Ell era obrer de vila i ella es dedicava a les feines de la casa. Prompte es veren carregats de fills: quatre, tres xiquetes i l'últim un xiquet. Aleshores no hi havia planificació familiar ni anticonceptius; es tenien tots els fills que Déu donava, i a ells Déu els en donà quatre.

Criaren els fills amb molts esforços; ell fent moltes hores en l'obra i ella cuidant la prole i, si li quedava alguna estona, cosint roba amb una màquina que tenia (heretada de sa mare) per a una indústria tèxtil de la rodalia.

Els fills anaren creixent amb el temps i l'esforç dels pares; el que volgué i pogué, estudià; i el que no, es va posar a treballar quan va arribar a l'edat reglamentària.

Mai no demanaren cap aportació econòmica als seus fills, per no establir greuges comparatius, ja que els que estudiaven no hi podien aportar res perquè no tenien sou.

També els seus fills anaren casant-se. De primer fou la filla major. Una vegada casada aquesta, a casa de Maria i Manel ja eren set a taula, ja que a la nova parella els venia molt bé dinar a casa dels pares, perquè treballaven ambdós i...total: eren un més. No es notava quasi.

Després es va casar la segona filla i... el mateix que la primera: també el marit anava a dinar a casa dels sogres. Ja eren vuit a taula.

Després va ser la tercera filla, i passà el mateix que amb les germanes.

El següent que va passar va ser que començaren a nàixer fills dels nous matrimonis i tots anaven acudint a la casa de Manel i Maria.

Les noves parelles havien de treballar tots dos per a poder pagar l'hipoteca de la casa, les lletres del cotxe i altres coses soltes que sempre hi havia; però no passava res, ací estava Maria per criar als seus nets.

La casa féu un canvi molt gran. Maria, que sempre l'havia tinguda molt polida i ordenada, ara la tenia sempre feta un desastre: sempre hi havia trastos pel mig. El dinar, l'havien de fer en dos o tres torns, segons l'horari de treball dels comensals; a més a més, Maria havia de tindre en compte que al primer gendre no li agradaven els macarrons, a la segona filla era la tomata i al seu fill eren les bledes.

Al foguer de la cuina hi havia sempre dos o tres perols, cadascun amb un menjar diferent. L'habitació dels iaïos també va canviar. Ara hi havia tornat el bressol al costat del llit gran. Poc temps havien estat sense tindre'l al costat del seu llit. Del primer fou per als seus fills, i ara era el mateix bressol però l'utilitzava una altra generació.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

A primera hora del matí, i abans que els seus pares anaren al treball, començaven a aplegar els nets a casa. A eixa hora, Maria ja havia de tindre la seua casa arreglada i el dinar mig preparat, perquè després ja no hi tenia temps. Després de dinar, la cuina es quedava plena d'atifells per escurar; Maria no tenia ni temps ni lloc on poder fer una becadeta i reposar les forces que havia gastat durant el matí tan mogut.

S'acostava el sant de Maria, i els fills pensaren que havien de fer-li un bon regal. Es van reunir tots, hi hagué “conclave”, i prompte es van posar d'acord. Isqué la **“fumata blanca”**: havien decidit comprar a la mare un rentaplats.

-No et queixaràs dels teus fills Maria, tan fet un bon regal –deia Manel.

Als pocs mesos era el seu aniversari i calia que li feren a la mare un altre regal.

Reunió de tots els fills, “conclave” i... **“fumata blanca”**. Aquesta vegada seria el frigorífic: el que tenia la mare s'havia quedat menut i es necessitava un bon congelador. I així successivament. Per Reis va ser una olla més gran i el Dia de la Mare va ser una vaixella amb més peces, i sempre amb el pertinent “conclave” i la corresponent **“fumata blanca”**.

Passaren uns anys. Maria es feia major. La casa estava sempre plena de gent, fills, nets, gendres... No donava l'abast a tot, la càrrega s'havia fet molt pesada, començà a calfar-se el cap i va caure malalta. Les forces de Maria anaren disminuint i el seu estat d'ànim era cada vegada més dolent. La veu quasi no se li sentia, ja no era possible atendre tota la família.

En aquesta ocasió també hi hagué “conclave” dels fills, i prompte va eixir la **“fumata blanca”**: es posaren d'acord en tant sols uns minuts. Decidiren que ja que Maria no podia atendre'ls a tots, cadascú se n'aniria a la seua casa i ja se les arreglarien com pogueren, i així, la mare es quedava més tranquil·la.

Més tranquil·la es quedà Maria. A partir d'aquell dia les visites dels fills i dels nets anaren distanciant-se: els diumenges a la vesprada i solament una curta estona, ja que no havien de cansar-la.

El temps passava i Maria no millorava; al contrari, amb els anys cada vegada estava pitjor. A la fi es va quedar assentada en una cadira de rodes. Ja no podia fer res.

Manel, que era un home que mai no havia sabut fer les feines de la casa, va aprendre a posar la rentadora, a cuinar, a arreglar la casa i fins i tot a vestir i pentinar la Maria; estava per complet dedicat a ella. A la fi, Maria va morir i Manel es va quedar sol en aquella casa que temps enrere havia estat sempre plena de gent, on moltes vegades era impossible trobar una cadira on assentar-se; ara tenia tota la casa per a ell sol i també el frigorífic gran, l'olla i el rentaplats.

Sense Maria, Manel es va convertir en un autòmat, perdé l'orientació, no sabia què fer per omplir les hores del dia, estava malenconiós. Un diumenge a la vesprada, en una de les visites dels fills, s'adonaren de l'estat del pare; açò no podia continuar així, el pare no podia viure sols en aquesta situació.

Prompte es van reunir tots, una altra vegada hi hagué “conclave” i la corresponent **“fumata blanca”**. De seguida s'hi posaren tots d'acord: al pare li buscarien una “bona residència.”

Título:	LA METAMORFOSIS (DE GREGORIO)
Pseudónimo:	AMILCARE
Autor:	DIEGO J. MUÑOZ NÚÑEZ

TERCER PREMIO

Cuando Gregorio Pansa terminó de ajustarse el guante de goma rosa, miró su reflejo en el cristal de la galería y le costó mucho poderse reconocer. Estaba ya un rato plantado en mitad del reducido espacio y llevaba puestas sus viejas zapatillas de cuadros además de los pantalones raídos de chándal de cuando tenía treinta años. En cuanto a la camisa, fue lo más adecuado que encontró en el fondo del trastero, metida en una bolsa de supermercado hecha un ovillo, de tal manera que al ponérsela, su estampado psicogeométrico quedaba convertido en una pesadilla de colores, arrugas y pentágonos. El delantal de su mujer le quedaba un poco corto pero hacía bien su papel. La mano izquierda enguantada sujetaba firme el mástil del mocho; en la derecha blandía un pequeño plumero; sobre el hombro izquierdo, a modo de mortecino galón doméstico, un deshilachado trapo para el polvo.

“¿Qué me ha ocurrido?”, pensó.

No lo estaba soñando. Aquella era su casa de todos los días: la galería donde dejaba tirada la ropa sucia junto a la lavadora; si ladeaba un poco la cabeza veía a través de la ventana la cocina donde comía normalmente con su familia... Todo era real. Incluso hoy había sido una jornada como todas. El madrugón correspondiente al miércoles, la despedida de su mujer, “adiós cariño, no te canses”, el autobús con retraso y atiborrado. El saludo al conserje y luego a los compañeros que van llegando desde el abismo de sus respectivas rutinas, “hoy no tengo demasiadas ganas”, “ya casi es viernes, venga”, “¿visteis ayer el partido? Vaya golazo, eh?!” . Las llamadas, el jefe y su inquietante despacho. Una reunión justo antes de comer que se demora y sólo permite un pincho de tortilla con coca-cola y un café como único refrigerio para seguir por la tarde. Junta con los delegados de los otros departamentos, la agenda para mañana, “recuérdame lo de las fotocopias”, y vuelta a casa. Más autobús, un poco el periódico junto a la ventanilla, “Nuevo caso de violencia doméstica”, “Gran partido de Toninho y gol histórico”. Todo meticulosamente aburrido y perfecto hasta ese momento. Y al llegar a casa, en vez de desmoronarse en el sofá, la Gran Eclipsión. La idea que meditaba en silencio desde hacía meses, el acto que estuvo a punto de culminar varias veces y que siempre dejó para otro momento. El reto que incluso le quitó el sueño en más de una siesta. Las lecturas que dedicó buscando orientación a su gran zozobra interior. Todo eso tomaba hoy cuerpo y sentido. Culminaba así un tortuoso camino de incertidumbre y desamparo callado para dar paso al... Nuevo Alumbramiento.

“Gregorio – oyó la voz algo preocupada de su mujer- llevas más de una hora ahí. ¿Estás bien?”

Tuvo que dejar sus meditaciones. Era cierto. No podía demorar más el momento de enfrentarse a aquello. Había tomado una decisión tajante –no recordaba otra así en los últimos meses- y tendría que afrontarla con todas sus consecuencias. Apoyó la mano con el plumero en la manivela de la puerta y abrió sigilosamente. Su extraño comportamiento había congregado a la familia en pleno en la cocina, junto al fregadero, y allí esperaban expectantes y desconfiados. Al verlo aparecer convertido en un espantajo acarreado botella de lejía, bayeta, fregona y líquido limpiacristales, su hija pequeña le descerrajó una sonora carcajada larga e hiriente. Su mujer, más comprensiva aunque todavía atónita, reprimió como pudo cualquier atisbo de guasa y más bien sintió una súbita punzada de ternura hacia aquel acto que ella valoraba mucho a pesar de que hubiera tardado tanto en llegar. El padre octogenario de Gregorio se dio media vuelta sin más para volver al sillón y a la televisión, mascullando para sí, “cuántas cosas tendrá que ver uno aún en este bendito mundo”. Gregorio se dirigió con paso decidido hacia el cuarto de baño –quería que su rito de iniciación tuviera lugar allí- y empezó con la limpieza del mismo como su intuición le daba a entender. No lo

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

había hecho nunca y siempre que veía a su mujer agachada o acalorada rodeada por un montón de ropa que lavar o poniendo en orden un armario había pasado de largo como si con él no fuera la cosa, como si para desenvolverse en aquellos menesteres debiera ser dueño de un secreto que sólo a su mujer hubieran confiado. Ahora se enfrentaba a un mundo desconocido e inabarcable de tareas cercanísimas y el primer sorprendido fue él de que aquello, tan ajeno tanto tiempo, no tuviera ningún misterio ni interviniera otro requilorio que la voluntad y el tenerlo que hacer.

El despertar del día siguiente lo devolvió a su realidad más conocida. Convertido de nuevo en sufrido y diligente oficinista iba rememorando en el autobús la aventura vivida la tarde anterior en su propia casa. Se notaba tan conmocionado por su hallazgo que en cuanto llegó al trabajo se lo contó a su compañero de confianzas más íntimas. En poco tiempo la noticia corrió entre las mesas. Sabía que por los pasillos se murmuraba a sus espaldas. Era consciente de que se había convertido de pronto en un bicho difícil de clasificar. No le importó. Pensó, al contrario, en que debía organizarse una rutina paralela a la que llevaba en la oficina. Por las mañanas prestaría atención a los balances y a las pólizas; por las tardes, su ámbito sería el supermercado y sus herramientas la plancha y el suavizante. “Debo ponerme de acuerdo con mi mujer, claro. Así nos cundirá más”, pensó mientras sonaban todos los teléfonos del despacho a la vez.

Pasó el tiempo y la metamorfosis perduró en Gregorio. Su doble vida se amalgamó de una manera tan natural que era fácil verlo garabatear en un papelito lo que había de comprar esa misma tarde en la carnicería a la vez que revisaba un expediente de doce folios en su mesa de trabajo; y también, dejar escritas en su agenda algunas sugerencias para la reunión de fin de mes mientras limpiaba el pescado para la cena. Sin embargo, a pesar de esa nueva normalidad ya establecida, su mujer no conseguía quitarse de encima un último recelo. Un extraña sensación le desasosegaba todo ánimo cuando veía la ropa que su marido se ponía para hacer la faena de casa. Si trasteando por la galería, sin darse demasiada cuenta, reparaba en aquel desvaído despojo de tela vieja y flácida que él dejaba arrumbado en un rincón de la estantería, una grima sorda le invadía el estómago. Le crecía por dentro la sospecha de que aquella era una piel reciente y necesaria, sin la cual Gregorio volvería a ser el Gregorio de toda la vida.

Título:	HASTA EL 2 DE NOVIEMBRE
Pseudónimo:	CECILIA
Autor:	DAVID BURGUERA FLORES

Hasta el 2 de noviembre, Yolanda era la que se ocupaba de llevar a Paula al colegio. Tuve que cambiar el turno en la oficina, y gracias, porque casi me toca cambiar de trabajo. Finalmente logré acoplar mis horarios a los horarios de mi hija. Al principio fue difícil, duro y extraño. Hasta el 2 de noviembre, a la misma hora en que Paula entraba en el colegio yo atravesaba la puerta de la oficina.

A partir de entonces he descubierto y comprendido muchas cosas.

He descubierto que mi hija no se despierta peinada. Todo lo contrario. Es extraño, pero no deja de asombrarme ver que cuando se levanta de la cama parece que en su cabeza hubiesen dormido 35.000 gatos. Hay que peinarla, porque con seis años no sabe. Y casi vestirla entera. Y lavarla. Y está tan dormida, a pesar de estar ya vestida, peinada y lavada, que casi hay que obligarla a desayunar. Es muy difícil hacer todo esto sin dar un grito o un puñetazo en la mesa. Es, además, duro, porque hace falta imponer disciplina sin atemorizar a Paula.

Dentro del apartado de descubrimientos, también he conocido los oscuros caminos del material escolar, antes tan ajenos a mí; por no hablar del asunto de la vestimenta, porque la niña todavía no tiene criterio propio, ni falta que le hace, ya que el día que me diga que quiere una minifalda me va a dar un ataque al corazón.

Hasta el 2 de noviembre, Yolanda se ocupaba de todos esos asuntos, que yo, la verdad, no sabía ni que existían. Algo parecido, similar indiferencia, a lo que sentía frente a la lavadora, un armatoste del infierno que, como no se trata de mi hija, odio con toda mi alma.

Hasta el 2 de noviembre, yo pensaba que el colegio estaba muy cerca. Geográficamente, relativamente, sí lo está. Sin embargo, ese medio kilómetro que separa el portal de casa del colegio da para mucho. Hasta el 2 de noviembre, era Yolanda la que debía preocuparse de que Paula caminase, de que lo hiciese sin mancharse, de comprobar que había metido en la cartera sus cuadernos, de contestar a sus 35.000 preguntas sobre los temas más diversos, de rechazar sus locas propuestas. De escucharla, en definitiva.

Durante el mes de noviembre, Paula no habló mucho.

Ni en los trayectos al colegio ni en casa. El psicólogo dijo que era normal; sin embargo, desde el 2 de noviembre nada es normal. Ahora, ya habla con aparente calma. Antes me gustaba observarla, pues era Yolanda la que la escrutaba con ojo clínico, mientras que yo podía contemplarla con un relajado divertimento. Ahora también la observo, sí, pero de otra forma, alerta, intentando ponerme en el lugar de Yolanda.

Pero nadie, ni yo mismo, podré ocupar el lugar de Yolanda.

Hasta el 2 de noviembre lo intuía.

Ahora lo sé.

El 1 de noviembre, un tipo bebió más de la cuenta durante el almuerzo, y, dijo, no vio que el semáforo estaba en rojo. También dijo que no vio a Yolanda, que en ese momento volvía de comprar. Los testigos dijeron que iba cargada de bolsas, supongo que con prisas, porque yo, hasta el 2 de noviembre, llegaba a casa con la hora justa para comer y volverme a ir, y me disgustaba si no tenía la comida en la mesa.

Ahora sé, porque he querido saberlo, que con mi anterior horario también me hubiera dado tiempo a mí a hacer la compra, y así Yolanda no hubiese ido a la compra a la misma hora en que un tipo se saltaba un semáforo en rojo.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Incluso cuando estaba allí, en el hospital, destrozada por dentro, Yolanda estaba guapa.

Aguantó 24 horas.

Los médicos no pudieron hacer nada.

Tiro un poco de la mano de Paula, que se resiste a caminar, como siempre. A veces pienso que Yolanda hacía lo mismo, que tiraba de su mano, y eso me ayuda.

Las madres se amontonan en la puerta del colegio.

Dejan a sus hijos y se van.

Cuando Yolanda me contaba cómo le había ido el día, la verdad, yo no le prestaba demasiada atención. A veces, cuando me explicaba alguna peripecia, reconozco que la consideraba una exagerada. Es más, confieso que, mientras ella hablaba, yo pensaba en lo atractivas que eran las madres jóvenes, el resto de las madres jóvenes, todavía muy guapas. Incluso más guapas que cuando eran unas crías. La madurez les daba un matiz en el rostro que yo no sabía a qué atribuir.

Ya lo sé: es el rictus de la dureza, la fuerza precisa para ser madre les afila el rostro.

Ahora, la verdad, es que no me fijo en las madres del colegio.

Sólo reparo en que algunas, como yo cuando voy a la oficina, llevan un maletín, o traen al niño en el coche y salen disparadas. Como yo.

Me han cambiado el horario en la oficina.

Mis padres me ayudan, y también lo hacen mis suegros.

Pero esto es muy difícil.

La labor de Yolanda, casi inexplicable por rutinaria, ha dejado de ser intangible; todo lo contrario: cada día pesa más. He contratado a una muchacha que limpia, plancha... pero no es lo mismo. Yolanda actuaba como una vigilante invisible, y su falta nos ha dejado desamparados a Paula y a mí. Su ausencia se puede oler, o más bien no oler, ya que hasta la ropa huele distinta.

Toda la casa, toda mi vida, huelen diferentes.

Le doy un beso a Paula.

-Pórtate bien.

Ella me devuelve el beso.

-Tu también, papa.

Me pide, en voz baja y al oído, que me cuide, que no la deje sola.

Siempre lo hace.

Las primeras veces no podía aguantarlo, y cuando ella se iba, lloraba un poco. Algunas madres vinieron a darme el pésame, y, de no haber tenido tanta prisa, creo que hubiésemos llorado juntos, porque ellas me miraban con los ojos tan rojos como los míos.

Veo a Paula entrar en el colegio.

Camina igual que lo hacía su madre.

Miro el reloj.

Calculo que antes de irme a currar aún puedo poner una lavadora.

Título:	UN DÍA CUALQUIERA
Pseudónimo:	PENNY LANE
Autora:	LAURA CASTILLO CERDÁN

Suena el teléfono móvil. Se oyen pasos y alguien contesta. "¿Sí? Si, soy yo.(...) Ahora mismo voy". Es la tercera vez que llaman este mes. María, de cuatro años, es una niña alegre y despierta, pero últimamente ha estado un poco resfriada y continúa un poco débil. Ya ha recaído varias veces, pero seguramente no sea nada. De todos modos, se alegra de que le hayan llamado. Lo único es que le va a tener que pedir a su superior permiso para salir un poco antes. Pero no cree que le ponga problemas porque hace mucho tiempo que cumple su horario y no pide horas libres. Otro día puede quedarse más tiempo si hace falta.

Con paso decidido sale del trabajo y camina hacia el colegio. Hace un día estupendo. Desde la oficina apenas se aprecia el color del cielo detrás de los ordenadores. Habría que salir fuera más a menudo.

Por el camino va pensando en sus padres. Siempre se ofrecen para recoger a María si ellos no pueden. Pero esta vez ha preferido no llamarles. Los abuelos se preocupan demasiado. De pronto le viene a la memoria un recuerdo de su infancia. Jugando en el patio del colegio, un niño le dio sin querer con un balón en la cara. Todavía recuerda la cara de susto de los demás niños, pero sobre todo, recuerda la de sus padres cuando vinieron corriendo al colegio y a pesar de que la hemorragia había cesado, se empeñaron en llevarle a urgencias. Al final no hubo fractura pero hoy en día, fijándose bien, algo queda de ese recuerdo cuando se mira al espejo. No habrá que ir a urgencias. La niña está bien. El año próximo tendrá que vacunarse de la gripe y eso es todo. Y no hay porqué alertar a nadie.

El colegio está a tan solo dos manzanas del trabajo pero hoy hay mercado y la calle está llena de gente. Parece increíble que haya tanta gente que no se pase la vida en una oficina. Al pasar, casi de reojo, ve unos tomates muy apetitosos. Que pena no poder venir más a menudo al mercado. Ahora está pensando en la cena. Quería cocinar algo diferente esta noche. Tal vez unas verduras a la plancha y algo de carne. Mejor lo piensa luego. Ya casi está llegando.

Recuerda cuando nació María. Es imposible que en ese momento hubiera alguien en el mundo más feliz. Fue un parto difícil. Los médicos incluso temían por su vida. Pero la niña nació sana y salva. Han pasado ya cuatro años y se siente igual de feliz que aquel día. La vida le sonrío.

Está en la puerta del colegio. Los niños están en sus clases y el ambiente es tranquilo. Esperaba que María estuviese en la entrada pero no la ve por ningún sitio. Se acerca a preguntar al mostrador. En ese momento una vocecita le dice: "Papa, estoy aquí"

Nota del autor: El día que este relato deje de sorprendernos significará que la igualdad se ha conseguido.

Penny Lane.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Título:	CONSEJOS
Pseudónimo:	SOLEDAD VARGAS
Autora:	JUANA CORTÉS AMUNÁRRIZ

Deberías arreglarte más, dice mi abuela con su voz apagada y sus manos temblorosas. Eres mona, tienes los ojos bonitos y un cuerpo esbelto. A los hombres les gusta que las mujeres se arreglen, concluye. Mi abuela, a sus ochenta y dos años, se sigue pintando los labios de color fucsia y se depila las cejas. A veces ese exceso de pintura le hace parecer un espantapájaros, una caricatura, pero ella se encuentra bien así. Lo que aporta seguridad a cada persona es diverso y, en ocasiones, estrambótico.

Aprende a cocinar, dice mi madre. Me da recetas de repostería y salsas. Desea enseñarme sus trucos de mujer acostumbrada a moverse entre fogones. Ella sabe que se puede ganar a alguien por el estómago, por el sabor delicado que un buen postre deja en los labios. A veces recurre a la canela. Hace milagros, hija, hace milagros, dice orgullosa con sus manos embadurnadas de harina.

Ni se te ocurra satisfacer sus caprichos y no le malacostumbres. No dejes que te convierta en su esclava, en su madre, o que te trate como una niña pequeña... eres su compañera. Exige respeto, lucha por tus derechos, dice mi amiga Luz. Ella ha preferido vivir sola por miedo a que alguien pisoteara su terreno impoluto, virgen, desolado... No es fácil discernir cuándo preparar un zumo de naranja se convierte en un acto de sumisión o pasar el aspirador en una traición a los ideales. Su cabeza trabaja y trabaja y el corazón, en cambio, se le atrofia impenitente. Así es Luz, sometida a la dictadura de la razón.

Ni se te ocurra quedarte en casa. Busca un trabajo y sal al mundo exterior, dice mi tía Luisa. En la casa los días pasan lentos y aburridos y un día te encuentras viendo las telenovelas en pijama. Te lo digo por experiencia, añade. Cuando los niños son pequeños, todavía tiene sentido pero luego te encuentras sola, desubicada, con el pecho flácido y la realidad de una celulitis imparable. Te vas borrando. Es cierto, desaparece tu sonrisa, tu imaginación, tus anhelos... Te conviertes en humo. En fantasma. No lo consentas.

Querrás ser esposa, madre y mujer trabajadora. El despertador sonará siempre demasiado pronto y te acostarás tarde esperando que termine la maldita lavadora. Llevarás a los niños al parque y, mientras se pelean y hacen tartas, pensarás en la montaña de ropa que se acumula en el cesto, harás mentalmente la lista de la compra y organizarás las cenas de toda la semana. En el trabajo, entre los expedientes, tendrás una foto de los niños y a la hora del café comentarás el calendario de vacunas y el precio de los uniformes, me dice Ana. Observo sus ojeras violáceas y esos estragos que el tiempo ha causado en su rostro. Malditas arrugas... Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que fui a la peluquería, añade.

Lo importante es ocuparse de una misma. Tienes que tener tu tiempo y espacio. Es imprescindible ir al gimnasio un par de veces por semana; te ayudará a sentirte bien y a estar en forma. Los cafés con las amigas son fundamentales al igual que salir alguna tarde de compras. Por supuesto no renuncies nunca a la puntual depilación y a una limpieza de cutis regular. Se conoce a una mujer por sus piernas y por la tersura de su piel... También te recomiendo alguna actividad lúdica como los bailes de salón y, si entra dentro de tus posibilidades, no dudes en acudir a un psicoanalista. Da prestigio y te ayuda a comprender todos los errores que has cometido. Recuperas un padre, un

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

amante, un hijo y un amigo, todo a la vez. Es fantástico, dice Lucía, recientemente separada. Al observarla sospecho que se está medicando contra la depresión, al igual que hizo en sus dos divorcios anteriores. Se ha vuelto a morder las uñas y habla lentamente, como si masticara las palabras.

Escucho los consejos que me dan distintas mujeres, aunque ninguno de ellos va conmigo. Les sonrío y asiento con la cabeza. Soy educada. Mañana, cuando firmemos el contrato de alquiler y comencemos la mudanza, daremos un nuevo paso en nuestra relación. La ilusión nos desborda. Quizás resulte patético, pero somos jóvenes y nos agarramos con uñas y dientes a lo que nos da la vida. Convivir es un verbo que no he conjugado conscientemente. Ahora es el momento. Y frente a todos esos consejos que me han dado, te diré que esto es sólo asunto nuestro. Tenemos en nuestras manos la capacidad de maravillarnos o decepcionarnos, de complacernos o de iniciar una guerra de trincheras. Debemos establecer nuestro pacto, aunque sea sin palabras. Los dos sabemos que lo importante es el cariño, las ganas de estar juntos y de tocarnos. Si rompemos con las ideas, con el género y los prototipos, nos encontraremos a nosotros mismos. No será necesario sacar una regla para medir deberes y obligaciones; el respeto será suficiente. No quiero caer en la trampa de pensar si te mimo demasiado, o si te aprovechas de mí. Tampoco quiero sentirme mal porque he permitido que te vuelvas egoísta y me necesitas para todo, incluso para poner el lavavajillas. El equilibrio está dentro de nosotros. Sólo hay que buscarlo y querer verlo. Es una cuestión de dignidad.

Tengo una intuición: creo que vamos a hacer bien las cosas. Nos vamos a apoyar; no en aquello que nos ata, sino en lo que nos hace libres. El secreto no es compartir lo que no nos gusta, sino tener el espacio suficiente para desarrollarnos. Hay que dejar a un lado los reproches; es lícito aspirar a la plenitud. Si te dejas respirar, me harás el boca a boca a tu vez, emocionado. Si no renuncio a nada por ti, seré generosa contigo y desearé que tu vida también sea hermosa y fértil. Si no nos gritamos, nos arrullaremos en el silencio de la noche. Si no nos chantajamos con caprichos, obtendremos abrazos sinceros las tardes de lluvia, durante la siesta.

Es responsabilidad nuestra hacer que esta aventura merezca la pena.

Y mientras tanto sigo escuchando consejos y asiento y sonrío levemente. Sus palabras no son las mías. Tampoco reconozco sus pensamientos. Distintas mujeres y distintas formas de afrontar la vida. Mujeres permeables, lúcidas, consentidas, infantiles, diabólicas, envenenadoras, dulces... pero yo debo encontrar mis propias palabras; mi lugar en el mundo. No será fácil, pero ese es mi reto.

Título:	PEPE Y MARÍA
Pseudónimo:	ALIENA
Autora:	M ^a DOLORES CUTILLAS CUENCA

Para Pepe y María, pareja que ronda la treintena, con dos "soles" de cinco y tres años, empieza un día más, o lo que es lo mismo, Pepe madrugará para estar presente en su oficina de la firma internacional "XX", donde ostenta un cargo de alta dirección y, como no, donde espera medrar pronto y ver así cumplidos sus sueños profesionales...llegar a ser GERENTE, todo ello, por supuesto, a costa de dejar "estacionada" su vida familiar.

Sin embargo, para María el reto es otro muy distinto. María madrugará si, pero para poderse dedicar un tiempo a sí misma, a su higiene y "arreglo" personal, en definitiva, a estar guapa y atractiva, antes de que Enrique y María junior le recuerden que ya amaneció, solicitándole uno "MAMÁ EL DESAYUNO" y reivindicando la otra "MAMÁ, COLE NO", por supuesto, tan dignas tareas María las desempeñará con el rigor, templanza, seriedad y cariño que requieren antes de dejar a sus niños en el colegio y encaminarse hasta su puesto de trabajo, donde hace tiempo que alguien le prometió un ascenso que nunca llegó, quizás porque cuando los repartieron, ella estaba de baja maternal.

María, allá en la fábrica de juguetes, pasa la jornada montándolos con la corazonada de que cuando lleguen a su destino final, sean capaces de provocar alegría en quienes los reciban.

Después de sus ocho horitas colocando pelucas a muñecas "chochonas" (era lo que tocaba hoy), María se despide, como todos los días de sus "compis" de trabajo, se mete en su utilitario que peca de exceso de añada (sólo tiene 18 años) y grados (40°... estaba al sol y es la primera semana de julio) y reza para llegar hasta el colegio de los niños, cosa que en las últimas dos semanas sólo ha sido posible en tres ocasiones porque el utilitario se ha negado a "prestar sus servicios" en tales condiciones climatológicas.

Pues bien, hoy no iba a producirse la excepción, y menos teniendo en cuenta el caos que María encuentra al entrar en la ciudad...hoy toca manifestación en pro de los derechos de los fumadores. Dos horas para atravesar la Gran vía y justo cuando está a punto de conseguirlo, el indicador de temperatura no puede estar más alto. Efectivamente dos segundos después, empieza a salir humo del capó. Menos mal que María está acostumbrada a estas lides y lleva el pantano de Contreras metido en garrafas, debidamente depositadas en el maletero.

Después de tres garrafas de agua, una multa por no disponer de la señalización adecuada para utilizar en caso de avería y un sofocón digno de quien acaba de apostar y perder sus últimos ahorros en el bingo, POR FIN, consigue llegar al colegio, donde la conserje le recuerda muy amablemente "YA ES LA SÉPTIMA VEZ QUE LLEGAS TARDE A RECOGERLOS EN MENOS DE DOS SEMANAS, A VER SI ESPABILAS".

María, que no está para coñas, opta por recoger a sus hijos y no contestar, dirigiéndose a su tan añorada casa...a su hogar...a su castillo, donde nadie va a decirle lo que tiene que hacer...donde no tiene que darle explicaciones a nadie...donde su más alto índice de independencia queda salvaguardado.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Pero queda por llegar el rey del castillo...Pepe. Pepe no ha tenido problemas para llegar con su coche familiar que adquirió hace dos meses al que no le falta de ná. Pepe entra por la puerta, besa a su mujer y dos hijos y se desploma en el sofá, que ocupa enteramente, como si hubiese estado todo el día descargando sacos de cemento al sol, sin agua y con cadenas en los tobillos y le dice a María, eso si cariñosamente...“ACUESTA A LOS NIÑOS QUE QUIERO VER TRANQUILAMENTE EL PARTIDO...¡AH! Y TRAEME UNA CERVEZA MIENTRAS PREPARAS LA CENA, ANDA “CARI”.

Y claro, “Cari” haciendo alarde de la paciencia propia de los monjes tibetanos, con la exquisitez digna del mejor maitre, con la sublime educación recibida en el colegio eclesiástico donde fue alumna y con el tacto inigualable de quien pretende ganar clientela, dice “MIRA “CARI”, LA CERVEZA ESTÁ CALIENTE PORQUE NO ME ACORDE DE PONERLA EN LA NEVERA ESTA MAÑANA, LAPSUS QUE TIENE UNA... COSAS DE LA EDAD; A LOS NIÑOS ME LOS LLEVO A CENAR FUERA...ESO SI CON TU COCHE...¡AH! Y HACE UN RATO QUE ENRIQUE TIRÓ EL MANDO A DISTANCIA POR LA VENTANA DESPUÉS DE PONERLE DOS ALAS...YA SABES EL NIÑO QUIERE SER PILOTO”.

Título:	EL VENDEDOR DE "IGUALDAD DE OPORTUNIDADES"
Pseudónimo:	ANDRÓMEDA
Autora:	M ^a CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Mauricio tiene un puesto en la calle donde vende "Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres". Allí no tiene todos los productos, porque ocupan mucho espacio y el puesto de Mauricio, claro, es pequeño. Mauricio no se pone siempre en el mismo sitio, lee los periódicos y coloca su puestecillo en las zonas donde se necesita más conciliación de la vida personal y familiar, reparto equitativo de responsabilidades domésticas, e incluso, cuidado de mayores y menores. El negocio le va muy bien. La gente compra cada día más estos productos y Mauricio gana cada día más dinero. Mauricio es un artesano de la "Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres". Las tiene grandes y pequeñas, que duren mucho o espacios cortos de tiempo, e incluso tiene algunas simulaciones que parece que sí, pero que luego son que no.

Mauricio vende sus productos a todo tipo de personas. La conciliación de la vida personal y familiar es muy solicitada por empresarios que quieren dar buena imagen, el reparto equitativo de las responsabilidades domésticas y familiares lo compran maridos que quieren implicarse en eso de la igualdad y madres que tuvieron un pasado confuso, fruto de una educación machista, incluso vende sus productos a mujeres cuyas parejas no saben qué significa compartir las tareas del hogar y el cuidado de los niños y quieren ofrecerle a sus maridos este hermoso regalo.

Mauricio trata su mercancía con mucho cuidado pues es un producto delicado -que incluso algunos estiman peligroso- y al que hay que manipular con suavidad. La "Igualdad de Oportunidades", Mauricio las vende en cajas herméticamente cerradas de color verde, como la esperanza, con un cartel blanco en un lateral. El cartel especifica la categoría y duración del producto y también el precio. Mauricio no ha tenido nunca ningún accidente, pero su hermano -que un día se puso a jugar en la habitación donde él guardaba su mercancía- se llevó un buen susto cuando tropezó con una caja y le saltó la tapa. De repente la habitación se llenó de un entendimiento armonioso entre hombres y mujeres y de un sentimiento general de compartir que le asustó. Menos mal que Mauricio estaba cerca, y encontró pronto la tapa. Corrió a ponérsela a la caja y consiguió volver a cerrarla -aunque ya no herméticamente- y evitar así el pánico colectivo. Ahora esta caja está en un estante de la habitación. Ha sellado con papel de embalar las juntas y ha atado la tapa con una cuerda. No la puede vender pues se escaparon de ella el reparto equitativo de tareas y la incorporación de la mujer al mundo laboral por lo que está incompleta.

Mauricio, a pesar de ser un pequeño comerciante, tiene clientes de todas partes del mundo. Ahora intenta introducir su producto en los países árabes y en todas aquellas regiones donde a la mujer se la ha tenido discriminada por razones culturales o religiosas desde tiempos ancestrales. Mauricio sabe que este proyecto es muy ambicioso y que los resultados se empezarán a notar a largo plazo, pero él es un optimista nato y está seguro de que con el tiempo tendrá éxito.

Mauricio empezó vendiendo cajas de "Igualdad de Oportunidades" en el colegio -fue muy precoz en este negocio- y tenía mucha clientela. Eran cajas pequeñas y las vendía muy baratas. Recuerda que, en aquella época, las cajas verdes sólo traían equipos de fútbol mixtos, trabajos escolares en los que participaban los dos sexos, obras teatrales co-dirigidas por niños y niñas, etc. Jamás había ningún problema y en su colegio había una armonía extraordinaria, desconocida en otros centros. Como se dio cuenta de que el negocio funcionaba empezó a vender "Igualdad de Oportunidades" un poco más grandes, pero ya para adultos, que eran más sofisticadas.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Mauricio usa su producto, él mismo, en todo su entorno, porque se ha dado cuenta de las grandes ventajas que tiene y es el mejor referente de lo que esta mercancía puede producir en la sociedad: armonía, entendimiento, solidaridad, amistad, y, sobre todo, felicidad, porque Mauricio es un hombre feliz y se le nota.

Mauricio se está haciendo mayor y, antes de retirarse ha decidido experimentar con un producto nuevo, fabricado en laboratorio, que crea adicción y es contagioso. Le ha llevado muchas horas de investigación y un montón de noches sin dormir, pero está seguro de que es la mercancía del futuro. Aunque al principio los clientes desconfían, cuando lo prueban se dan cuenta de la ventaja que este producto supone para la convivencia y el entendimiento entre hombres y mujeres y luego no quieren ningún otro. Se está corriendo la voz y le llegan pedidos de todas partes del mundo.

En eso anda, pero antes tiene que terminar con las existencias de “Igualdad de oportunidades” pasajeras, aunque ya le quedan pocas. En cuanto las acabe se va a dedicar exclusivamente al nuevo producto y espera que en unos años se pueda jubilar porque ya todo el mundo se haya hecho adicto a esta magnífica mercancía y nunca más la tenga que volver a comprar.

Títol:	FINS AVIAT, VIDA
Pseudónimo:	ESKEDAR
Autora:	MONTSERRAT GIL I CASALS

Estimat,

No et sorprenguis perquè he decidit escriure't. M'ha vingut així, de cop, com un espant. El que et diré segurament és cosa poc rumiada, però... jo sóc així, a vegades tinc un acudit i engalto les coses pel dret, sense pensar-m'hi gaire. Potser un altre dia, sí, un dia en què pugui escriure el teu nom amb cognoms i adreça... Però? Ai! Llavors, si m'afanyo a sospesar molt les coses que et vull dir, qui sap si perdran un trosset de veritat? Qui sap si amagaré mots que em couen a dins i, per por de ferir-te, no seré capaç de dir-te...? Saps què et dic?, val més que parli amb franquesa; sí, home, sí, sense embuts; fet i fumut no hi tinc res a perdre.

No sé gaire per on començar. Sempre em passa el mateix. Una mica cagadubtes, sí que sóc! És perquè sóc una dona? Però, què dic? No!, no vull dir res d'això. Ho esborro, i tornem-hi.

Aquest matí el pare, només llevar-se, m'ha escridassat de valent. Potser pensaràs que té mal despertar, però jo m'atreviria a dir que... que té mala llet! Sòc massa directa? Sí, ja te n'aniràs adonant. De fet, em sembla que sóc una mica dura, sí, potser molt; al capdavant, al pare el van educar així, amb prepotència i menyspreu envers el sexe femení. És clar que la seva mentalitat masclista l'obliga a fer-nos retrets constantment. Quan dic "fer-nos", em refereixo a la meva mare i a mi, que el meu germà és un punt i a part. El pare, pobre, i dic pobre perquè li manca enteniment per veure les coses diferentment, acostuma a renegar i a cridar per detalls tan senzills com: no tenir la camisa planxada, no trobar la guia de telèfons, adonar-se que s'ha acabat el paper higiènic o que no hi ha pasta dents... La mare ha de controlar totes les coses de la casa perquè rutllin sense problemes. Bé! Potser pensaràs que això no té importància, que algú ho ha de fer... I tant que sí! Però no suporto que el pare escridassés constantment la mare i, de rebot, a mi. M'indigna que la mare amagui el cap sota l'ala i adeqüi al seu tarannà al servei exclusiu del pare. Perquè la té esporuguida, la veus que va sempre amb peus de plom per por de cagar-la. Amés, no la deixa anar enlloc, només a la plaça a comprar; això sí, només faltaria! Qualsevol activitat, o xerrada o distracció possible, a criteri del pare, són bajanades. Una vegada, ho recordo molt bé, volia apuntar-se a un curset de punt de creu amb un grup de dones del barri. Ella hi té molta traça. El pare la va esbrincar tractant-la de bordegassa. Deia: "Tenen ganes de fer safareig totes aquestes dones desvagades. Tu, ni parlant-ne!". Així va sentenciar la sortida i així va deixar-li la porta tancada.

No només és això. A veure, anem a pams. El pare és incapaç d'aixecar el cul del seient si no és per fer alguna cosa que li ve de gust. A vegades imagino que és un invàlid amb totes les de la llei. Que truquen a la porta o al telèfon? Algú hi anirà, ell no mou un pèl. A l'hora dels àpats, qualsevol cosa que manca representa una petició. Què dic, petició! Una ordre per a la mare o per mi: "No hi ha sal". "I el pa?". "Més vi!" ... I s'entén que és una ordre irrevocable; de fet, ho acaba sent, ja que no sé si per sentit d'obediència o per costum la cosa funciona així: ell ordena i nosaltres creiem. Perquè el pare pensa que totes les tasques de casa les hem de fer nosaltres. Segurament ni s'adona que cal escombrar, fregar, rentar roba, planxar, netejar banys, cuinar... Són coses que des del seu tron d'homenàs no es veuen o no es volen veure. Això sí, mai li ha aixecat la mà, a la mare. Tampoc vull dir una cosa per una altra. Potser sóc malpensada, però a vegades penso que si ella deixés de banda la seva submissió no sé si passaria a engreixar les llistes de dones maltractades. Val més no rumiar-ho! Ella sempre el disculpa: "Deixa'l, no cal buscar murga..."

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

No sé què deus pensar a hores d'ara de mi... Que porto molta llana al clatell?, que sóc una mica infantil?, que no m'explico gens ni mica?... Ja ho diuen, que les dones som molt recargolades... (Tornem-hi, ja em torno a tirar jo mateixa sorra al terrat!...) Potser em diràs que toqui de peus a terra...

A veure, tot això que t'explico no és cap ximpleria. Tu ho has de saber tot. Jo vull que estiguis al cas de tot. No sé si em segueixes. Les parelles, perquè tu i jo ho som, hem de saber valorar les coses que són importants i les que són menudeses.

No és que t'hagi escrit per parlar del pare, del teu futur sogre, però és que no vull que t'hi assembles. Això ho resumeix tot: no vull que t'hi assembles! Bé, jo voldria que us avinguéssiu, només faltaria! Si t'agrada l'esport, sobretot el futbol, ja tindreu un bon punt en comú. Si tens un cotxe ben potent, segur que li agradarà. Si t'agrada criticar els polítics, ja siguin d'esquerres o de dretes, també fareu pinya. Tot això, per a mi no té importància, m'està molt bé; només que jo voldria que el teu tracte cap a mi i a les nostres futures filles sigui de diàleg, de respecte, d'amistat. I ara no et pensis que m'agradaria ficar-me en un conte de color de rosa, que l'amor s'hi posa, i que tu has de ser un príncep blau, com deien abans. No! Voldria que poguessis ser capaç de valorarme com a una igual.

M'he posat molt seriosa? Sí, segurament, però la culpa la té la carta que he rebut avui; què dic, carta!, invitació. És de la Núria, la meva millor amiga. Resulta que se'ns casa. Ha enviat una targeta molt bonica, amb un paper d'aquest rústic, que sembla vell i que ara és moda. No sabia dir-te ben bé què he sentit. Potser una mica de poti-poti? Una barreja d'enveja, d'alegria, de por, de pena... Com t'ho diria...? A veure, jo a ell, és a dir, al nuvi, no el conec. Sí, ja sé que és la meva millor amiga, però fa temps que vivim allunyades i, vulgues que no, ens hem distanciat, i... Vaja, que ara tinc un bon batibull de pensaments que em preocupen. Com deu ser, en Robert? (en Robert és el futur espòs de la Núria) Com serà veritablement en Robert? Sí, ja m'entens, que si és un bon xicot i tot això, i si farà que la Núria sigui feliç, i si no... Aquesta pregunta és la culpable de la meva "empanada" mental i, de retruc, que m'hagi posat a escriure't. Perquè ara li toca a ella, i més tard a mi. I...

Així que...: pren-ne nota. Això! Apunta't tot el que et dic; tingues-ho present i no ho oblidis. Ara mateix no sé on carai t'has ficat, però segur que per algun racó de la Terra voleies i el destí està esperant d'ajuntar-nos. Jo tinc clar que existeixes i que farem truc. Estic segura que no tots els homes són iguals. Tu no ets així! I segur que algun dia et trobaré i ens farem xicots i t'estimaré. I és clar que t'estimaré, home, i molt! Que no has vist com he començat?

Fins aviat, vida.

Título:	LA SUERTE DE MI VIDA
Pseudónimo:	LUNA
Autora:	SUSANA GISBERT GRIFO

-¿Que si alguna vez he pegado a mi mujer? Si llevamos más de veinte años casados... claro que alguna vez le he dado ¿Que usted no ha pegado a la suya?

-Pues... No

-¡No me lo creo!

De esta manera respondía el acusado ante el estupefacto Juez que iba a juzgarlo. Todos nos quedamos no menos estupefactos, pero no podemos dejar de esbozar una sonrisa. Luego, seguimos con nuestro trabajo y lo sucedido queda en una mera anécdota, pero me voy pensando que el acusado en cuestión se dirigió en tales términos al Juez –varón- y no al Secretario Judicial, Fiscal ni Letrado –casualmente, todos mujeres-. Ni siquiera nos dedicó una mirada.

En fin, doy el incidente por pasado y me dirijo nuevamente a mi despacho, satisfecha porque yo, afortunadamente, no me veo sometida a semejantes conductas violentas y machistas. Por suerte, en mi trabajo ya no se sufre ningún tipo de discriminación por el sexo, y en mi vida personal mucho menos; no lo consentiría.

Cuando ya estoy llegando, me encuentro con unas compañeras que conversan animadamente. Una de ellas, más veterana, le decía a la otra, recién llegada, lo bien que había hecho al incorporarse a nuestro trabajo, porque "era muy cómodo para las mujeres". En ese momento me quedo pensando. Nunca había enfocado así mi opción profesional: de hecho, cuando elegí este trabajo, joven e ilusionada, se debió a muchas y varias razones pero ninguna de ellas fue, ni remotamente, que resultara más o menos cómodo por pertenecer al género femenino. Lo curioso era que semejante afirmación venía precisamente de una compañera y que la hacía con toda naturalidad...

Así que me quedo meditando unos momentos y continúo hacia mi despacho, tratando de restar importancia a lo que había oído. No obstante, me viene enseguida a la cabeza la frase que, orgullosa, he escuchado a alguna amiga de mi madre: "es que mi hija tiene un sueldo de hombre". También me he acordado, de repente, de otra compañera, que ante el reto de enfrentarse profesionalmente a un asunto relativo a la prostitución, contaba que su madre, escandalizada, le decía que cediera ese asunto a sus compañeros varones. Reflexiono unos instantes, planteándome que quizás no sea tan evidente que en mi trabajo no exista sombra de machismo, pero descarto la idea.

Seguidamente, veo cómo ha incrementado el volumen de mis tareas con algunos expedientes que no conocía. Pregunto, y me responden que éstos correspondían a un compañero que actualmente se encuentra de baja por paternidad. Quien me lo cuenta suelta una risita y, con un gesto de complicidad, me dice: "fíjate, que un chico pida la baja por paternidad, ni que él hubiera parido y tuviera que dar de mamar". Me quedo sin saber que decir y, seguidamente, oigo que alguien comenta con naturalidad "claro, es que su mujer no trabaja, y no van a perder la baja", ante lo cual percibo gestos de asentimiento. Nuevamente pienso que lo curioso es que todos los comentarios venían de mujeres, que precisamente somos nosotras las que tildamos de anormal al compañero que se decide a pedir la baja de paternidad, y que ello sólo se justifica por el hecho de que su mujer no trabaja. Y lo que es peor, que consideramos que no trabajar consiste en llevar una casa, criar a unos hijos, cuidar de unos padres mayores... En este momento, empiezo a dudar de esa igualdad de que presumía en mi puesto de trabajo.

Al hilo de eso, me pongo a pensar cuántos compañeros tienen una pareja que se dedique únicamente –que no es poco- al cuidado de la casa: hay varios, pero todos ellos varones. A día de hoy, no conozco ningún hombre que, voluntariamente, se dedique al hogar mientras la mujer con la que comparte su vida trabaja fuera de casa.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

Y como con todos estos pensamientos no puedo concentrarme en mi trabajo, decido que iré a la cafetería a ver si me despejo. Allí, tomo café con otro grupo de gente, entre los que se habla con admiración del carácter emprendedor de alguien que ha pedido el traslado a un puesto de trabajo de mayor responsabilidad en Madrid; todos coincidimos en que ha hecho bien, que era un paso necesario en sus ambiciones profesionales. Sale a colación el caso de una profesional que también ha decidido pedir su traslado a la capital y entonces surgen comentarios jocosos acerca de su salud mental, y de lo tranquila que va a quedarse dejando a sus hijas al cuidado del padre. Después de unos segundos de perplejidad, me percaté que ese “alguien” del que hablaban en primer lugar era, a diferencia del segundo caso, un varón. ¡Pues vaya! No son sino bromas, pero ya empiezo a escamarme, porque en el fondo de todo esto hay algo muy serio.

La verdad es que he tenido un mal día en el trabajo, así que continúo como puedo hasta que llega el momento de la salida e intento dejar de dar vueltas a las cosas. Tampoco es que pueda permitirme entretenerme mucho, dado que he de ir a recoger a mis hijos al colegio y acometer la jornada post-escolar de meriendas y deberes, pero tengo la dicha de que justo en el momento de salir de casa mi marido telefona diciendo que él se hará cargo de recoger a los niños. Doy marcha atrás y vuelvo a entrar en el portal, ante la mirada curiosa de mi vecina, que me pregunta si he olvidado algo. Cuando respondo negativamente y le explico la razón por la que hoy no iré a por los niños, sonrío y me dice: “Qué suerte. Es que tu marido te ayuda mucho”. Me quedo atónita por enésima vez en el día sin llegar a comprender que clase de suerte me había tocado por el hecho de que mi marido, que trabajaba fuera de casa exactamente igual que yo, asumiera parte de las faenas domésticas. Quizá es que yo soy una desagradecida.

Al despedirme de mi vecina me recuerda que esa misma tarde hay junta de propietarios. Entonces caigo en la cuenta de que habíamos quedado que sería yo la que fuera, haciéndose cargo de los niños su padre, así que me resigno a acudir. Cuando llego y doy mi nombre y número de puerta al administrador que así me lo requiere, otro de mis convecinos me pregunta: “¿qué, su marido no ha podido venir?”. Y aunque respondo con naturalidad que no ha venido porque se ha quedado con los niños, sin darle mayor importancia, en el curso de la aburridísima reunión mi mente viaja a otras galaxias y vuelve a darle vueltas a lo que parece que se ha convertido en la sintonía del día. En ese momento, me saca de mi ensoñación la voz de otra vecina, suplicando que acabáramos pronto porque su hijo treintañero se había quedado solo con la abuela, que estaba delicada, “y no se fiaba un pelo”.

Por fin, cuando acaba la soporífera junta de propietarios tras aprobar varias derramas y gastos extraordinarios, me voy a casa. Como tengo la suerte -¿?- de que sea él quien se haya quedado al cargo, me encuentro, afortunadamente, la cena hecha y los niños acostados, así que me dispongo a hacer otro tanto.

Cuando me meto en la cama, en lugar de dormirme inmediatamente como suelo –en eso le supero cualquier varón con creces, seguro- mi mente regresa al principio del día en que, tras la anécdota del acusado en el juicio, me sentí tan satisfecha de que no existiera discriminación en mi vida y, después de la jornada transcurrida, ya no lo veo tan claro. Encima, no puedo dormir pensando en lo que tendrán que soportar todas esas mujeres cuyos maridos –como ese acusado- piensan que lo normal es ponerles la mano encima... Y sueño en un mundo en que mi hijo y mi hija, por fin, son tratados como iguales.

Título:	¡RICO-RICO! Y ... CON ¡FUNDAMENTO!
Pseudónimo:	AMAGOYA
Autora:	RAQUEL AMAYA GONZALO FIDEL

¡Rico-rico! Y ... con ¡fundamento!

Desde la pequeña pantalla, nuestro internacional cocinero, se desvive para llegar a todos los estómagos, pero sobre todo, los de los solteros malcomidos. Mientras, un par de casados alternan en la acogedora barra, de una céntrica cafetería.

El uno, rudo, grueso y calvo, el otro joven, esbelto y peludo, beben blanco y fuman negro. Lo más singular, ambos portan sendos cochecitos con bebés y, su conversación discurre, de la siguiente manera:

- ¡Vaya rollo tío!, con la casa. ¿Eh macho?. Que si lavadoras, que si el polvo, las comidas... Llevo una temporada, que no me alcanza el tiempo para nada. ¡Figúrate!. He dejado de ir, incluso, al baloncesto. Sí, sí, no me mires con esa cara. Con la racha que tiene ahora el Tahugrés. Pero con ésta, que no hay quien le haga parar quieta, y más ahora, que anda como loca con los dientes... ¿Y la tuya? ¿Te llora cuando la acuestas a la hora de la siesta? Esta mía es muy nerviosa y últimamente coge cada berrinche...

El amigo asiente con benevolencia a la vez que acaricia la rubia cabellera que sobresale del carrito.

- ¡Pchse! —es su respuesta-

Mientras una vez tomado aire, continua el primero su verborrea

- Ayer compramos el libro que te comenté, está muy bien. Al fin y al cabo está escrito por una doctora, pero por el momento, no le digas nada, a "la Maite", que tal como está, se va a deprimir. Esta pediatra, es defensora acérrima de "la liga de la leche materna" y, basta que la tuya no puede darle pecho, mejor que no lo lea. Figúrate, dice, que siempre que el bebé pida, hay que ponerlo en la teta...

Ahora es cuando uno de ellos repara en el aparato de televisión. Carlos Arguiñano, sigue impartiendo un día más, su buen hacer.

- Oye, este cocinero, se merece una medalla, mira que nos ha enseñado a defendernos en la cocina. ¿Eh? con lo torpes que éramos. Por cierto, ahora que me doy cuenta, tendré que marcharme ya, para poner la comida, que desde que a mi mujer le han ascendido a jefa, se le ha despertado un apetito, que da con todo. Je, je.

- Vaya suerte que hemos tenido al encontrarnos, hace tanto tiempo que no me tomaba un blanco tan a gusto...

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

Mientras el otro manipula amoroso, a su retoño...

- ¡Ea!, ahora a ponerles los chupetillos, tapanlas bien y a casita con ellas... Oye y ... ¿El Deportivo Alavés?
- ¡Buf! Eso y “todo” lo demás, olvidado. Jajajajaja.
- ¿Qué sí?... ¿También “eso”?
- ¡Pues claro hombre! Que “la Miren” es muy recta y, la verdad, estoy muy contento con ella y, por nada del mundo, jodería yo lo nuestro. Menos aún, por una bragas alegres. ¿Sabes lo que te digo? –guiñando un ojo con picardía- Y... ¿Tú? ¿Ya haces “algo” por ahí?...

- ¡Ca! – riendo con complicidad – bastante tengo con la casa, como para que me queden ganas de meterme en líos. Además, como tú bien dices, vivimos muy bien, tenemos una mujeres que no nos las merecemos, buenas y trabajadoras y una nenas preciosas, como para echarlo todo a perder. Hay que saber respetarlas. ¿No?. Maite es una tía legal y muy currante, se levanta temprano para ir a la fábrica y hasta las tres y media no llega a casa. Al fin y al cabo es ella, la que trae ahora, el dinero a casa.

- Y que lo digas, ahora les toca a ellas mantenernos, mira tú por donde, je, je... para que sepan lo que vale un peine...

- Sí, el cambio de vida ha sido total. La verdad, me siento satisfecho, he aprendido muchas cosas, y sobre todo a valorar lo que tengo en casa, e incluso a cocinar. Bueno, ahora como la mía no quiere engordar, con una ensalada y un filete a la plancha lo tengo apañado.

- Y que lo digas. Que suerte tienes, la mía come muy bien pero no engorda ni por esas. Lo mismo le da que le pongas unas pochás, que paella o macarrones, y luego su buena ración de carne o pescado y para postre siempre fruta, dos o tres piezas. Para organizarme siempre que puedo preparo la legumbre de víspera y así adelanto más. Lo que llevo peor es la planta. ¡Buf!., jodido... ¿Verdad?.

Mientras en el televisor Carlos Arguiñano ajeno a todo, trajina con unos apetecibles muslitos de pollo al roquefort.

¡Rico-rico!, y... con ¡fundamento!

Título:	LA VARIANTE MASCULINA
Pseudónimo:	CLITEMNESTRA
Autor:	ALEJANDRO LILLO BARCELÓ

Hacia las dos del mediodía, cuando Juan y Alvarito se sientan juntos en el amplio sofá, la cálida luz que se cuela por entre las cortinas de seda de la salita favorece que a Juan se le entornen un poco los ojos mientras su hijo mira un cómic de Superlópez. En esa relajante duermevela recuerda cuando, de niño, su padre y él aguardaban en un sofá parecido a que su madre pusiera la mesa y sirviera la comida.

Su padre estaba empleado como cajero en la sucursal nº 12 que el Banco de Bilbao tenía en Valencia. Su madre, aunque había trabajado como dependienta en unos ultramarinos de la Gran vía, una vez casada pasó a dedicarse a las tareas del hogar y a atender a Juan. Era ella, por tanto, quien lo recogía todos los días de los Salesianos, quien fregaba y secaba los cacharros, quien tendía y planchaba la ropa, quien mantenía todo ordenado y limpio; era ella quien realizaba, en fin, las infinitas y agotadoras tareas de ama de casa; y por supuesto, era ella, solícita y fiel esposa y madre, quien ponía la mesa y hacía la comida. Mientras tanto los dos varones de la casa leían en el sofá: el uno la prensa; el otro cómics de Pumby o del Capitán Trueno.

Un ruido proveniente de la cocina interrumpe la agradable ensoñación de Juan y borra de un plumazo su plácida sonrisa repleta de melancólicos recuerdos. Incorporándose cuanto apenas, exclama enfurruñado:

- "¡Maldita sea, Toya! ¿No puedes hacer las cosas sin tanto escándalo? Estamos intentando descansar, ¿sabes?" .

Nadie le responde, salvo el silencio. Satisfecho, Juan vuelve a reclinarsse en el sofá y, como aprovechando que se le ha pasado un poco el amodorramiento, dirige la atención a su hijo:

- "Recuerda que esta tarde sólo iremos a la piscina si haces los deberes. Podrías aprovechar ahora que tienes tiempo antes de comer para ir adelantándolos" .

- "No te preocupes, papá. Ayer hice los de mates con mamá" –contesta Alvarito muy serio y sin levantar la vista del cómic- "Y don Manuel no nos ha mandado nada para el lunes" .

- "¿Y cómo puede ser eso? – pregunta Juan – "Siempre os manda muchos deberes" .

- "Nos dijo que como el lunes es San Juan Bosco, pues... que no nos mandaba deberes" .

Y diciendo esto, Alvarito pasa una hoja del cómic y, dubitativo, lo coloca abierto boca abajo entre sus rodillas. Acto seguido, mira a su padre a los ojos y le dice:

- "Papá, ¿Por qué nosotros no hemos visto nunca un superhéroe?"

- "Esta tarde, mientras vamos a la piscina te lo explico" –contemporiza Juan.

- "¿Me lo prometes?"

- "Te lo prometo" .

Juan se recuesta aún más en el sofá, entrelaza sus gruesas manos sobre una incipiente barriga y se dedica a observar cómo un rayo de luz ilumina, no sólo las diminutas motas de polvo, sino también, de forma algo fantasmagórica, la elegante estantería de caoba repleta de libros que tiene enfrente. Está cansado. Su mirada se detiene ahora en un viejo retrato de sus padres que descansa, junto al teléfono, a la derecha de la librería, encima de una mesita auxiliar. Su madre está tan guapa...

A Juan le encantaba cómo cocinaba su madre. Sin embargo, muchas de sus recetas, sobre todo las más refinadas, sólo las podía disfrutar los festivos, pues ella apenas tenía tiempo entre semana. Lo más que llegó a hacer su padre para ayudarla fue contratar a una mujer llamada Manuela, que había llegado a Valencia huyendo de un marido que la maltrataba. Un día, al cabo de un año, Manuela desapareció, y la familia no volvió a saber de ella. Todos pensaron que había vuelto con

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

su marido. Sólo veintiocho años después Juan volvió a tener noticias suyas. Fue en el funeral de su propio padre donde su madre le confesó, entre sollozos, que la había ayudado a huir a América pagándole el pasaje del barco porque no soportaba el pavor de su mirada ante la posibilidad de que el marido la encontrara. “Espero que ella al menos lo lograra”, le dijo a su hijo.

Juan, como si de una molesta mosca se tratara, ahuyenta esos pensamientos haciendo un leve gesto con la mano cerca de su rostro. En ese momento, se escucha en la lejanía el ruido de unos tacones y algo después un tintineo de llaves. Toya, la más rápida de todos, como siempre, trota de la cocina al recibidor, y pronuncia dos alegres ladridos de bienvenida. Alvarito, sonriente, deja el cómic abierto sobre el sofá de la salita y de un pequeño salto alcanza el suelo y sale corriendo de la habitación. Cuando Juan llega al recibidor, Alvarito ya está abrazando a su madre y Toya no deja de mover el rabo en torno a ella.

-“Hola cariño, ¿cómo te ha ido el día?” – pregunta Juan mientras le da un beso en los labios y le coge una carpeta llena de informes.

-“Cansada. ¡Hummm! ¡Qué bien huele! ¿Qué has hecho hoy de comer?”

-“Hemos hecho lubina al horno” – contesta Alvarito – “Yo he cortado las patatas y he encendido el horno”.

-“¡Muy bien, mi vida! – contesta Isabel - ¿Por qué no la vais sacando mientras mamá va a cambiarse? ¿Cómo te ha ido a ti, Juan? – exclama mientras se adentra en el dormitorio.

-“Hoy los niños estaban algo revoltosos y me han dado un poco de guerra. Nada grave, de todos modos”.

Mientras su mujer se cambia y su hijo se sienta, hambriento, a la mesa, Juan, acompañado de Toya, se dirige a la cocina para sacar la lubina. Al abrir el horno e inclinarse con las manoplas para coger la bandeja, todo el aroma del pescado estalla en su nariz produciéndole una agradable sensación de paz. Ya incorporado y con la bandeja entre las manos, recuerda cuando aprendió a cocinar esta receta. Pero el aroma de la lubina también le recuerda, de repente y sin acabar de entender muy bien por qué, a todas aquellas mujeres que, como su madre, Manolita o su propia esposa, han tenido que luchar – y siguen luchando, cada una en su época y con sus propias armas – contra la injusticia, la discriminación y la desigualdad.

Mientras camina hacia el comedor donde le esperan para comer, se promete que esta tarde, cuando lleve a su hijo a la piscina, intentará explicarle que es verdad que quedan pocos superhéroes, pero que el mundo siempre ha estado lleno de heroínas.

Título:	ALTOS VUELOS
Pseudónimo:	CÁNDIDO
Autor:	PABLO MIRET PUIG

- Señorita. ¿Sería tan amable de traerme una copa de champán?

- En seguida se la traigo, señor.

Me lo merezco, pensaba el hombre del traje negro mientras se aflojaba el nudo de la corbata y se desabrochaba el cinturón de seguridad.

Las nubes ocultaban ya la vista de los campos castellanos. Conectó los auriculares que la azafata le había entregado antes de despegar. Sonaba el nocturno para piano número 9 de Chopin. Respiró profundamente. Cerró los ojos. Nunca se había sentido tan feliz como en aquel momento.

- Disculpe señor, su champán.

-Muchas gracias.

El hombre del traje negro bajó la bandeja de su confortable butaca de clase preferente. Llenó la copa. Contempló el ascenso de las burbujas a través del fino cristal durante unos instantes. El primer sorbo fue breve. Dejó que el dorado líquido permaneciera en la boca unos segundos, pasándolo sobre la lengua, por los laterales, el paladar y bajo la lengua, antes de dejarlo correr libremente garganta abajo. Alguien le había dicho que así distinguían los buenos catadores todos los matices del mejor champán. Él se sabía incapaz de percibir aquel sabor ligeramente afrutado de que informaba la etiqueta pero se sentía victorioso.

Sonaba el Adagio del concierto para clarinete en A de Mozart cuando apuró definitivamente la copa. Aterrizarían en pocos minutos. De nuevo tuvo que abrocharse el cinturón.

Miró el reloj. Eran casi las 20 horas. Con la copa todavía en la mano, pensó en cómo le daría la gran noticia a su mujer. Aquello –estaba seguro- iba a ser la solución a sus problemas. Sus mejores sueños por fin se harían realidad. Con el dinero del contrato compraría una de las casas que se construían en aquella urbanización de lujo. Contratarían a alguien para que su mujer pudiera dedicarse por completo al cuidado de Alberto, su hijo de tres años, y a los dos niños más que ahora podrían tener sin problemas. Marisa dejaría de trabajar. De esta forma, ya no discutirían más sobre quién llevaba la casa o por qué no podía él recoger al niño. Ahora todo iba a ser mucho más sencillo. Imaginaba a su mujer y los niños correteando felices por un hermoso jardín. Además, la nueva casa estaría más cerca del aeropuerto y no debería ya cruzar la ciudad. Ahora, iba a tener que volar casi a diario, pero valía la pena.

Era de noche cuando aterrizaron en Manises. Salió el primero del aparato, con su maletín en una mano y el teléfono en la otra. Mientras recorría los pasillos del aeropuerto pensó en llamar a Marisa, pero prefirió no hacerlo. Aún así, continuó con el móvil entre los dedos. La decisión no era definitiva. Deseaba hablar con ella cuanto antes, pero consideraba más efectista darle la noticia a su llegada. Atravesó la sala de entrega de equipajes sin prestar ninguna atención a la cinta transportadora. Las grandes maletas son sólo para los turistas y traficantes, pensó.

Ya en el taxi el hombre del traje negro sintió aquel vacío en el estómago que siempre le acompañaba antes de vivir los momentos más importantes de su existencia. Era la misma sensación que había experimentado aquella misma mañana antes de la reunión que iba a cambiar su trayectoria vital. ¿Cómo iba a reaccionar Marisa cuando supiese que su marido se había convertido en uno de los hombres más poderosos de la banca española? En su fantasía la imaginaba con aquella sonrisa sincera que lo enamoró en su juventud, mirándolo con aquellos ojos de admiración que lo habían cautivado cuando se conocieron en la Universidad y abrazándolo como ya nunca hacía.

- Si no hay tráfico, llegará a tiempo de ver el partido.

Tan agradables pensamientos se vieron interrumpidos por el impertinente comentario del taxista.

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”

El Valencia jugaba aquella noche la semifinal de la Copa del Rey.

- No se preocupe, no pienso verlo –respondió secamente.

En efecto, no había pensado esta vez en el fútbol. Bien mirado, él iba a ganar más que algunas de las estrellas que tanto le habían entusiasmado. Ahora se sentía superior; eran ellos quienes deberían admirarle. Lo que acababa de conseguir tenía, desde luego, mucho más mérito.

Llegaron a la puerta de su casa. No había tráfico. Todos estaban en sus casas frente al televisor. Pagó al taxista dejándole una generosa propina que sorprendió al conductor. Yo creía que era un presumido cabrón, pensó el experto automovilista.

Entró en el edificio. Llamó al ascensor. Tardaba mucho en llegar. Durante unos instantes, creyó que se habría estropeado. Estaba ansioso por ver a su mujer. Por fin iban a ser felices.

En el ascensor desconectó el teléfono: no quería que nadie interrumpiera aquel momento.

Introdujo las llaves en la cerradura. Las movió con suavidad. No debía hacer ruido. Pensaba sorprenderla. Mejor no despertar al niño.

No había luz, Marisa estaría ya acostada. Se quitó los zapatos y cerró la puerta con sumo cuidado. Atravesó el pasillo tan discretamente como lo haría un ladrón competente. Se detuvo frente a la habitación. No se oía más que su agitado respirar. Permaneció unos instantes inmóvil, saboreando el triunfo inmediato. Por fin se decidió. Encendió la luz. La cama estaba vacía. Sólo una nota sobre ella.

- ¡Mierda!, pensó, esto no puede pasarme a mí.

Título:	LA MEJOR COMPAÑÍA
Pseudónimo:	RODRIGO IRIBARTE
Autora:	YOLANDA PARIS TUDELA

Ha vuelto a subirme la fiebre este miércoles -oscuro y grisáceo- que me hace presagiar que el tiempo pasa volando y llevamos en este hospital cerca de cuatro meses. Te he cogido la mano con cuidado, con la vana ilusión de que abrieras los ojos en ese preciso instante, he rezado en voz baja -unos segundos- para que eso ocurriera pero sólo el ruido de la puerta al abrirse ha quebrado ese silencio. Era Fernando -tu padre- que había vuelto, se ha acercado con cuidado hasta mi lado y ha depositado un beso en mi nuca y me ha preguntado si estaba bien, ¿cómo podía estarlo? le hubiera contestado pero sé que no es justo para él escuchar palabras tan dañinas a estas horas de la mañana. Me he puesto la chaqueta por encima de los hombros y he recogido las cosas que tenía que llevarme, he evitado mirarme al espejo porque apenas reconozco la imagen que me devuelve y antes de marcharme de tu lado -por unas horas- le he explicado cómo seguías, la medicación que había que darte, que aquel era el segundo gotero y tendría que estar pendiente, que a las doce y cuarto venía el médico y que no olvidara preguntarle si había que hacerte más pruebas. El ha asentido con la cabeza y me ha pedido -por favor- que me fuera antes de que volviera a llegar mi turno, y al salir por la puerta no he podido evitar retroceder y abrazarme fuerte a su espalda, ha vuelto a besarme en la frente y me ha dicho que todo estaba bien, que no me preocupara.

Al sentir el aire frío en mi cara no he podido contener las lágrimas y he tenido que ponerme las gafas de sol porque apenas podía divisar el día sin tener remordimientos. Eso no es justo, me ha repetido mi madre en numerosas ocasiones, necesitas salir, descansar, volver a organizar tu vida, necesitas olvidar, por un momento, que tu hijo sigue en ese hospital.

Tiene razón, lo sé, pero a veces no me sirven sus palabras.

He llegado a casa en apenas quince minutos y me he sentado en la cocina y me he preparado un café con leche, he descolgado el teléfono para saber si había buenas noticias aguardándome pero sólo la voz de Rodrigo -mi jefe- diciéndome que no me preocupara, que el artículo no corría prisa. Lo había olvidado por completo, le he gritado a ese aparato y después de saborear el café con leche -exquisito- me he quitado la ropa y he entrado en el cuarto de baño dispuesta a reconciliarme -mínimamente- con la vida cotidiana, el agua resbalando por mi espalda, el sonido cercano y continuo de la ducha y todas las demás cosas me han hecho olvidar que es otra la vida que me acompaña. Me he puesto el albornoz al terminar y he abierto la puerta de mi despacho -frío y lúgubre- porque apenas entra el sol por las mañanas y nadie visita su espacio, he encendido el ordenador y he comenzado a darle vueltas a ese informe que tendría que mandarle a Rodrigo, imposible concentrarme. No he podido encontrar palabras que definan la libertad esta mañana de marzo, no he podido, por eso he marcado su número y al otro lado del teléfono la voz fuerte y segura de mi jefe me ha respondido. Soy yo, le he dicho, y su tono se ha vuelto más dulce, me ha preguntado cómo te encontrabas, igual, he pronunciado, sigue igual que siempre. Luego le he explicado las dificultades que tenía para hacer frente a lo que me pedía, él ha permanecido en silencio mientras yo me sentaba en la silla porque estaba poniéndome nerviosa y al cabo de unos segundos -que a mí me han parecido años- me ha asegurado que no corría prisa, que tenía todo el mes para terminarlo y que si quería podía cogerme algunos días libres.

No quiero, le he dicho muy seria, es cierto, necesito tener la mente ocupada, un poco, lo justo para no pensar qué va a ser de ti en el futuro, y él me ha hecho otro encargo, que redactara un artículo sobre las familias monoparentales, que hablara de algún caso concreto, de alguien del hospital, de alguna amiga.....

Le he respondido que estaba bien, que trataría de encontrar algo que ilustrara su artículo y que en

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida, compartamos las tareas”

cuanto pudiera se lo enviaría, antes de colgar -con un hilo de voz apenas imperceptible- me ha dicho que me cuidara, que me cuidara mucho; sólo una vez, despacio, para que no sintiera el peso de su timidez y yo le he dado las gracias, por escucharme, por tener paciencia.

Me he puesto unos vaqueros y una camiseta de algodón -amarilla y naranja- y me he ido a dar una vuelta, la nevera estaba repleta, supongo que Fernando la había llenado el día anterior. Le he dado las gracias en silencio por tener esos detalles, por hacerme la vida un poco más sencilla, y he bajado las escaleras dispuesta a caminar un poco, a encontrarme con las calles cercanas de mi barrio, a redescubrir el mundo y al cabo de un rato me he sentado en el parque y he pedido un cortado, los primeros rayos de sol habían empezado a asomarse por el cielo y yo necesitaba desconectar de esta realidad dañina que me rodea. Una niña de apenas dos años y medio se ha acercado hasta mi lado, embrujada por ese bolígrafo de plástico rosa que me regaló Fernando en Navidad -supongo que a esa edad es lo más parecido a un tesoro- he sonreído y ella me ha acariciado la mano mientras un escalofrío me recorría el cuerpo, no podía dejar de pensar en ti. Después su madre se ha acercado a recogerla y yo le he quitado importancia a ese gesto infantil, pero ella ha vuelto de nuevo al cabo de un rato y he decidido dejarle dibujar un mundo distinto. Su madre -una mujer joven de apenas veinticinco- vencida por las circunstancias se ha sentado a mi lado y ha pedido un cortado, tenía ojeras en el rostro y la cara deslucida, estaba cansada y se le notaba. Trabajaba toda la tarde -me ha contado- y apenas le quedaban horas para ocuparse de la niña, había días -me ha asegurado- que no sabía si era domingo o jueves, se habían dado las ocho de la tarde o las cuatro de la mañana, le he preguntado si no tenía ayuda de nadie, si no llevaba a la niña a una guardería, si su madre no podía hacerse cargo. Ella ha encogido los hombros y me ha dicho que toda su familia estaba en Argentina, que sólo podía llevar a la niña a la guardería un par de horas y que una amiga suya se quedaba con ella cuando trabajaba de noche. Se han marchado al cabo de un rato y yo he agitado la mano con fuerza porque -a pesar de todo- me siento una persona afortunada. Me he levantado, he cogido el bolso, he pagado el café y me he ido a dar una vuelta, ya tenía pensado el título para el artículo, nada más llegar a casa me he sentado frente al ordenador y ha relatado la historia de aquella chica, su trabajo, su hija, el poco tiempo que le quedaba y lo difícil que era hacerse cargo sola de todo, sin tener ayuda de nadie. Me he apoyado en el respaldo, he encendido un cigarrillo y he contemplado la foto de tu padre que estaba al lado de mi ordenador y me he sentido una privilegiada.

Un poco antes de las ocho, he metido la ropa en la bolsa, me he dado otra dicha -no sé por qué el agua caliente hace milagros en mi espalda- y me he dirigido al hospital, a encontrarme con tu figura, Ricardo se ha levantado nada más verme y me ha dado un abrazo mientras acariciaba con su mano izquierda mi mejilla y me ha dicho que apenas había cambios en tu estado aunque el médico había asegurado que eso era normal dadas las circunstancias. He dejado la bolsa en el suelo y me he acercado a darte un beso en la frente aunque tú no podías saberlo y antes de marcharse, Ricardo me ha preguntado si quería que cocinara alguna cosa, si tenía que comprar o poner la lavadora, no te preocupes, le he dicho, sólo nos hace falta un poco de fruta. Ha asentido con la cabeza y se ha ido antes de que yo comenzara a echarle de menos.

Y me he sentado en la silla que había al lado de tu cama y he cerrado -por un momento- los ojos y he dado gracias a la vida por tener alguien como él a mi lado, por no estar tan sola en esta batalla.

Título:	LA BASURA
Pseudónimo:	ALEISTER CROWLEY
Autor:	JOAQUÍN ÁNGEL PUJOL GUERRERO

Pon la lavadora, limpia el piso, tiende la ropa, prepara la comida, ve a buscar los niños al colegio, insiste para que hagan los deberes, ve a comprar, plancha, prepara la cena y en los ratos libres trabaja a distancia con el ordenador vía Internet.

Y Carmen se ha acostumbrado a que Jaime, su marido, no le diga que la comida está buena, que no se moleste en echar la ropa sucia al cesto, que no limpie la taza del váter cuando hace pipí. Pero lo que más le repatea es cuando al fin del día Jaime va a la calle a fumarse un pitillo y, al volver, exclama triunfal: "Cariño, ¡ya he bajado la basura!". Como si él hubiese hecho su parte y fuese el mejor de los maridos. Acto y seguido, se tumba en la cama y duerme el sueño de los justos mientras ella recoge la cocina.

¿Qué hacer?, se decía Carmen a menudo. Sonia, la hermana de Jaime, le decía que no había solución, que los hombres eran unos vagos y unos inútiles, que la culpa la tenían las madres de la generación anterior, que dejaban que los niños se quedasen sentados en la mesa mientras pedían a las niñas que ayudasen en la cocina. Ya se cuidaba ella de que eso no pasase en su casa. Fernando tenía un año menos que María, la mayor, y pobre de él si se quedaba viendo la tele mientras la niña la ayudaba en las tareas del hogar. Podía confiar en que el niño pertenecía a una generación donde todo sería diferente pero, cómo educar a su padre, si ya casi tenía 50 años...

Y cada día lo mismo: pon la lavadora, limpia el piso, tiende la ropa, prepara la comida, ves a buscar los niños al colegio, insiste para que hagan los deberes, ve a comprar, plancha, prepara la cena y en los ratos libres trabaja vía Internet. Y por la noche Jaime voceando desde el final del pasillo, más orgulloso que un pavo real: "Cariño, ¡ya he bajado la basura!".

Una tarde, Carmen volvía cargada con las bolsas de la compra y encontró el ascensor averiado. Maldijo entre dientes y, nerviosa por si la habían llamado de la oficina, subió los peldaños de dos en dos con las bolsas de plástico. Fue entre el segundo y el tercer piso donde resbaló sobre el gres y fue a parar al rellano entre un mar de latas de conserva, botellas, huevos y yogures. Intentó moverse, pero la pierna le dolía mucho: se había hecho un esguince.

"Tranquila", le decía Jaime mientras ella estaba estirada en el sofá, con la pierna vendada y el ordenador portátil en el regazo. "Si te han dicho reposo absoluto, pues descansas y ya está. A mí me queda una semana de vacaciones en el trabajo. Me la paso en casa y tú me dices qué hay que hacer." Al día siguiente, allí estaba su marido lleno de buena voluntad y ella lo miraba escéptica. "Primero, separa la ropa de color y la blanca y pones dos lavadoras." Y poco después, "ahora hay que barrer y fregar el suelo". Y una hora más tarde, "tiende la ropa". Veinte minutos después, "hay que ir a hablar con la profesora de Fernando", y al cabo de dos horas, "ahora hay que preparar la comida". Entre orden y orden, ella veía como Jaime perdía el entusiasmo y acusaba la fatiga. Al final del día, su marido estaba en la cocina, ojeroso y soñoliento, fregando los platos, mientras ella seguía tumbada en el sofá con la pierna vendada.

No lo pudo evitar. Fue un acto de revanchismo mezclado con la esperanza de que las cosas quizás podrían cambiar a partir de ahora, sin necesidad de esperar a la generación de su hijo. Llamó a Fernando y le dio instrucciones muy claras. Al cabo de diez minutos, su marido se acababa de sentar junto a ella en el sillón, completamente derrotado, cuando se oyó la puerta de la calle.

-Mamá, cariño –gritó Fernando lleno de vanidad, tal y como le habían dicho que hiciese- ¡ya he bajado la basura!

V CERTAMEN DE **NARRATIVA BREVE**

“Por igual, compartimos la vida,
compartamos las tareas”



AJUNTAMENT DE VALENCIA
ÀREA DE PROGRÉS HUMÀ
REGIDORIA DE BENESTAR SOCIAL I INTEGRACIÓ

PLA **miq** 


Pla Municipal per a la
Igualtat d'Oportunitats
entre Dones i Hòmens

cmio


Centro Municipal de Información y  Orientación a la Mujer



www.valencia.es/bienestarsocial
bienestarsocial

